

# Peronismo

● José Pablo Feinmann

*Filosofía política de una obstinación argentina*

17 Eva Perón (IV)



EVITA SI SOLO HUBIERA  
SIDO EVA DUARTE.

REP



## LOS LAMENTABLES ESCRIBAS DEL PERONISMO

**M**uy segura de sus ideas, más segura aún de lo que buscaba conseguir con ellas, Eva Perón dejó algunos textos en que su pensamiento puede ser analizado seriamente. Entre esos textos no figura el más célebre, el que lleva por nombre *La razón de mi vida*, y que, no sólo por su torpeza, su ingenuidad, su falta de garra, la ausencia total en esas páginas del fanatismo, de la ira o del resentimiento en los que Evita basaba sus acciones, su existencia toda, resulta irrelevante para un análisis serio de sus opciones políticas, de sus proyectos y, sobre todo, de su personalidad. En sus textos ella se pone por entero, se juega, lleva las cosas al extremo a que solía llevarlas y suelen alterar los nervios de cualquiera, o por la exaltación que provocan en algunos o por el odio que despiertan en otros. Lejos de esto, el ñoño, simplón, ese texto huero que es *La razón de mi vida* fue el que el peronismo implantó autoritariamente en la enseñanza, el texto que fue instrumentado como el que en verdad expresaba a Evita. Se sabe que el libro fue escrito por un periodista español de nombre Manuel Penella da Silva, a quien posiblemente haya contactado Raúl Mendé, un tipo muy cercano a Perón, una de esas tantas figuras de las que solía rodearse y que tanta admiración y respeto nos despiertan, aunque, a veces, por el contrario, nos sorprendemos a nosotros mismos, que no somos gorilas, murmurando o diciendo francamente en voz alta, a raíz justamente de esos personajes, que el general debía tener facetas francamente oscuras (voy a ser preciso, los militantes peronistas lúcidos no decían ni dicen *facetas francamente oscuras*, dicen otra cosa, dicen: *El viejo era un flor de turro*), ya que, de otra forma, no se explica que mantuviera junto a él a ciertos personajes que poco le reportaban. Y eso que aún no habían hecho su aparición espectacular en la gran novela del peronismo esos dos adalides del ridículo, de la infamia y del crimen alevoso que fueron Isabel Martínez y el cabo (y luego súbito comisario general de la Policía) José López Rega. Raúl Mendé, cuyo primer opus es un libro de poemas de 1944 titulado *Con mis alas*, era, al lado de ellos, San Francisco de Asís. En 1948 publica un libro que se titula: *Tercera posición: justicialismo*, y cuyo Capítulo Primero empieza diciendo: “El problema del mundo es problema de justicia y de amor. Al decir ‘el problema del mundo’ se entiende que nos referimos al problema de la sociedad humana” (Raúl A. Mendé, *Tercera posición: justicialismo*, Castelvi, Santa Fe, Argentina, 1948, p. 11. *Castelvi* era una prestigiosa editorial y librería de la ciudad de Santa Fe). Como hubiera dicho la notable revista cordobesa *Hortensia*: “No, si hai de referirte al problema del cultivo de la zanahoria en la Quebrada de Humahuaca”. La frase de Mendé exhibe la bobaliconería de los textos del autor. Algo que no sería grave si no hubiera sido, además, el que le redactaba a Perón los artículos que publicaba en *Democracia* bajo el seudónimo de Descartes. Ese hecho es notorio porque Perón se ve más inteligente y más que eso también en sus discursos y, sobre todo, en sus clases sobre Conducción Política en la Escuela Superior Peronista. Pero el protagonismo intelectual y literario de Mendé es todavía más discutible, más problemático, si se piensa que, en ese momento, Perón podía contar con Arturo Jauretche, Scalabrini Ortiz, Leopoldo Marechal y, más tempranamente, Homero Manzi para que le escribieran textos. Pero el general solía elegir, en el campo intelectual y universitario, sencillamente basura. O era porque no admitía que alguien le hiciera sombra o era también por eso.

### “LA ARGENTINA DE PERÓN”, LIBRO DE LECTURA DE CUARTO GRADO

El tema al que nos conduce *La razón de mi vida* y la pertenencia de “literatos” como Mendé en el primer peronismo es el de los famosos textos redactados para la enseñanza. Se sabe que *La razón de mi vida* fue sofocantemente impuesto en todas partes. Esto, desde luego, desataba la ira de las clases medias no peronistas. Nuestro tema final, del que éste es un rodeo, es analizar los verdaderos textos de Evita, que en nada se asemejan a *La razón de mi vida*. Pero, al tratarse de un tema tan irritante y que tanto se le ha cuestionado al peronismo, detengámonos en él seriamente.

Peña cita un fragmento del libro de lectura para Escuela Primaria, *Alelé*. Luego de enumerar algo que ya hemos hecho, es decir: “el campeón de box, o el de automovilismo, o el forward más goleador, se acercan fatigados al micrófono para dedicar a Perón sus triunfos, sus records o sus goles”, Peña ironiza sobre los textos “eminentemente pedagógicos” con que los escolares aprenden a leer: “Viva Perón. Perón es un buen gobernante. Manda y ordena con firmeza. ¡Viva el líder! ¡Viva la bandera argentina! El líder nos ama a todos. ¡Viva el líder! ¡Viva la bandera Argentina! ¡Viva el general Perón!” (Peña, *Ibid.*, p. 102). Nos detendremos en el libro de Angela C. de Palacio, *La Argentina de Perón*, editado por Luis Laserre SRL, Buenos Aires, en los talleres de Kraft Ltda. el día 15 de marzo de 1954. Se trata de un libro de lectura para cuarto grado. Está lleno de esas ilustraciones que expresaron una estética del peronismo y que, con excepcional talento, recrea, durante nuestros días, el artista Daniel Santoro. En su página catorce hay un poema titulado *Tu obsequio*. Lo voy a citar ínte-

gramente porque, en general, estos textos se citan de modo fragmentario. Por ejemplo: resulta evidente que el de Peña está armado con distintas frases. No se procedía a una acumulación tan extremadamente grosera, aunque con frecuencia se anduviera cerca de eso. No, los libros proponían una visión dulce y tierna de la vida, esa ternura tenía lugar en un país maravilloso que se llamaba Argentina y todos se la debían al General Perón y, en este libro de cuarto grado que analizaremos, a la “querida Evita”, pues su muerte ya ha tenido lugar. Este hecho transforma a *Tu obsequio* en una especie de relato de ultratumba, pero era ya aceptado que Evita, aun muerta, seguía presente. Dice así: “He recibido el obsequio/ que mandas, querida Evita/ Desde aquí yo te bendigo/ mi segunda madrecita/ Eres mujer, eres ángel/ con un corazón hermoso/ que miras por los ancianos/ para que sean dichosos/ Con Perón y con Evita/ desde este humilde rincón/ ¡que Dios bendiga a esos seres!/ lo pido de corazón/ ¡Evita! ¡Evita querida!/ siempre estoy pensando en tí/ Si no fuera por tu amparo/ hoy ¿qué sería de mí?”. La ilustración presenta a una niña de cabellos rubios, que tiene a una muñeca, también rubia, en sus brazos y un perrito Terrier se alza en dos patitas para mirarla. La niña ha de pertenecer posiblemente a una clase acomodada; no a la oligarquía, pero menos al proletariado. En la página siguiente vemos a la mamá, también rubia, depositando su voto en la urna, lo que expresa la máxima conquista de Evita para las mujeres. Más adelante leemos: “No has querido los honores/ ¡Has preferido la lucha!/ ¡La historia no tendrá nombre/ para exaltar tu figura!/ Has preferido quedarte/ —señora del sufrimiento—/ velando en las noches largas/ de todos los desconsuelos” (*Renunciamiento*). Después, en la página cuarenta y cinco, un niño, también rubio, le pregunta a su padre, que está en un sillón, con un traje de hombre elegante, cabello sabio y gris y leyendo el diario, *Qué es la autoridad*. Le cuenta que, esa mañana, él y sus hermanos se tiraban con almohadones y no querían vestirse ni tomar el desayuno. Pero apareció “la mamá” y, de inmediato, el bullicio cesó. El padre toma este ejemplo para explicarle al niño su pregunta: “Fue muy sencillo. Una mano fuerte se les impuso. Tu madre dictó leyes, no leyes escritas, sino leyes orales, leyes familiares y el orden se restableció. Lo que pasa en pequeño en una familia pasa en grande en un país. La autoridad es necesaria para que pueda reinar el orden”. El niño pregunta: “Papá, hay autoridades para que los hombres no hagan lo que quieren sino lo que deben, ¿verdad?”. El padre le dice que así es, de lo contrario “reinaría la anarquía más completa”. El niño vuelve a preguntar: “La autoridad mayor de este país es nuestro presidente, ¿no es cierto, papá?”. El padre responde: “Sí, hijo mío: nuestro Presidente, el General Juan D. Perón”.

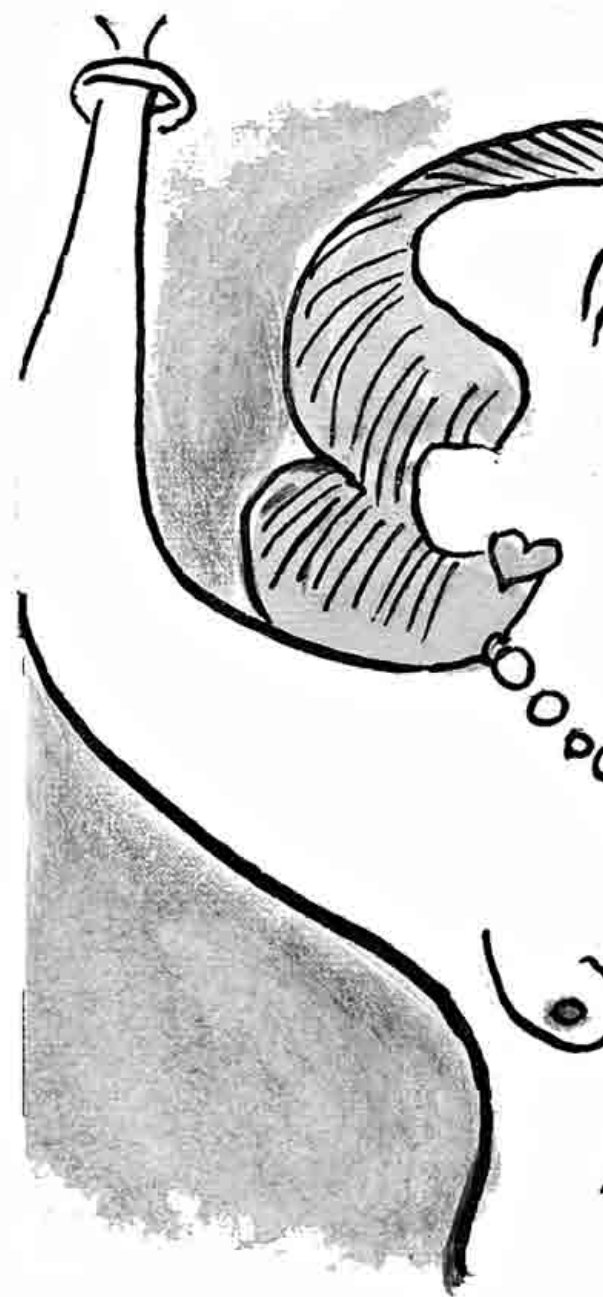
Salvo la exaltación de las figuras de Perón y Evita, el libro de lectura —*todos los libros de lectura del peronismo*— no alteraba la versión de la historia impuesta por la oligarquía. Hay una anécdota según la cual se le preguntó a Perón por qué no innovó en esto. Algún matiz o algo más que eso debía introducir un movimiento, que se asumía como revolucionario, en la glorificación de algunos y la condenación de otros, de acuerdo a sus intereses, que impuso la oligarquía. Perón habría respondido con una de sus frases de tipo pícaro, de Vizcacha que se las sabe todas: “Bastantes problemas tengo con los vivos, ¿me voy a meter también con los muertos?” Una manera de esquivar el bulto, y también una manera de decir que ese tipo de preguntas las formulaban los que no tenían ni idea de las cuestiones del poder. “Un otario de los tantos otarios que hay por ahí”, dice en *Conducción política*. Es posible, pero creer que el otario, por más otario que sea, se va a tragar la respuesta que dio revela no sólo un desprecio profundo por el otario, sino una soberbia no escasa, lo suficientemente importante, al menos, como para considerar un poco boludos —con perdón— a todos los demás que no fueran él. Ya veremos cómo funcionó este aspecto en futuras encrucijadas. Si no se deseaba cuestionar a los próceres tradicionalmente impuestos, acaso se hubiera podido abrir otras puertas, incorporar otros personajes, exaltar otras gestas. Se hubiera podido dar una versión menos negativa de los caudillos federales. Hacer una lectura más realista de la guerra con el Paraguay. O de los empréstitos rivadavianos. No, la página noventa y tres de *La Argentina de Perón* está prolijamente ilustrada por un retrato de Bernardino Rivadavia. Texto a pie de página: “Bernardino Rivadavia. Primer Presidente Constitucional Argentino”. El dibujo muestra a Rivadavia, que era mulato, con un extraño pelo casi-casi rubio. Al lado, Belgrano. El texto es: *El Día de la Bandera*. Se dicen las obviedades de siempre. Lo que siempre se ha dicho. O sea, la versión que la oligarquía impuso en la enseñanza. Pero se concluye poniendo a Perón en el nivel de Belgrano: “Todos nuestros próceres han tenido a mucho honor izar la bandera. También el líder de los trabajadores suele izarla con amor y devoción, dando así ejemplo a los niños argentinos de cómo debe reverenciarse esa enseña sagrada, por la que debemos estar dispuestos, ciegame, a morir” (p. 92).

### SARMIENTO, EL DULCE MAESTRO Y EL MARISCAL BOUGEAUD DEL COLONIALISMO DE BUENOS AIRES

Pero el punto más alto de la obscurencia con la historiografía institucional oligárquica, o liberal, llega con el texto dedicado a Sarmiento, a quien uno admira y discute, pero no lo reduce a esa

estampita bastante aberrante, incluso para la enorme complejidad del personaje, para su contradictoria grandeza, del *maestro de escuela, del creador de escuelas* o, la más patética, del niño que *nunca faltó al colegio un solo día*. José Luis Busaniche, por ejemplo, historiador serio, el historiador que más admiro, cuyos libros he devorado por la apasionada búsqueda —que palpita en ellos— de una verdad compleja de nuestra historia, alejada de los condicionamientos de clase, de las imposiciones que dan los triunfos, alejada de la historia de los vencedores, de la historia escrita por y para Buenos Aires, la búsqueda de una historia ardua, tramada por las contradicciones, no lineal, de la que estuvo más cerca Alberdi que Mitre o Sarmiento, de la que se expresó en las conferencias de David Peña sobre Juan Facundo Quiroga, Busaniche, digo, acusaba a Sarmiento de practicar un “progresismo homicida”, sabía por qué y no debiera haber quien no lo sepa. También hay que saber el resto, que escribió libros admirables, que fundó escuelas, que, en el final de su vida, estuvo muy cerca de abominar por completo de la clase para la que siempre trabajó, esa a la que Alberdi llamaba la oligarquía del Puerto y de la Aduana y a la que él llamó “esa oligarquía con olor a bosta de vaca”.

Busaniche cita la carta de Sarmiento a Mitre, fechada el 18 de noviembre de 1863, y en la que se refiere al asesinato de Angel



EVITA DESC

Vicente Peñaloza, a su decapitación y al hecho, certeramente abominable, de haber clavado su cabeza en una pica: “Yo he aplaudido la medida precisamente por su forma. Sin cortarle la cabeza a aquel inveterado pícaro y ponerla a la expectación, las chusmas no se habrían aquietado en seis meses” (José Luis Busaniche, *Historia argentina*, Solar/Hachette, Buenos Aires, 1969, p. 730. Bastardillas mías). La viuda de Peñaloza fue “escarnecida y robada” por los vencedores. Y, escribe, Busaniche: “Pedía protección... ¡a Urquiza! arrumbado como estaba el caudillo en su estancia de Entre Ríos” (Busaniche, *Ibid.*, 731). Y luego: “La civilización cumplía su obra. Los bienes de aquella pobre viuda habrán aumentado el patrimonio de algún hombre de frac y principios” (Busaniche, *Ibid.*, p. 731. Bastardilla del autor). Sarmiento, él mismo, hombre que no se andaba con vueltas ni ocultando lo que hacía sino que lo exaltaba con orgullo de guerrero vencedor, escribe en un texto, que con precisión se llama *Mi defensa*, y, con frecuencia se transforma en su acusación: “Ya he mostrado al público mi faz literaria; vea ahora mi fisonomía política; ¡verá al militar, al asesino!” (Sarmiento, *Mi defensa* en *Civilización y barbarie*, texto que reúne las biografías de Quiroga, Aldao y El Chacho



junto a *Mi defensa y Recuerdos de provincia*, editado por El Ateneo, Buenos Aires, 1952, prólogo de Alberto Palcos, p. 552). Sarmiento fue nuestro General Bougeaud, más que Mitre aún, pues sus acciones militares fueron más efectivas y poderosa su importancia ideológica. Escribe: “En mi juventud hubiera deseado que los que han trabajado por establecer el despotismo y hacer desaparecer toda forma constitucional, hubiesen tenido una sola cabeza para segársela de un golpe” (*Mi defensa, Ibid.*, p. 559). Sarmiento, durante sus viajes de la década del cuarenta, estuvo, en África, nada menos que con el conquistador de Argelia, héroe de la Francia colonialista, el mariscal Bougeaud, del que, seguramente, ha de haberse bebido sus palabras. Bougeaud tiene, entre otros méritos que seguramente su país le reconoce con orgullo, el de estar citado, no casualmente, en el *Prólogo* de Sartre al libro de Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*, que protagonizará en nuestro relato un momento esencial. Sarmiento señalaba el agrado con que Bougeaud había compartido sus puntos de vista con él, pues finalmente se hallaba frente a alguien que comprendía y aprobaba con entusiasmo el modo innovador con que combatía a los jinetes árabes, los cuales, dice Sarmiento, tenían la misma movilidad que la montonera. Bougeaud le explicó que, para combatir a los bárbaros, hay que hacerse más bárbaro que ellos. El



## AMISADA

coronel Ambrosio Sandes, en la *guerra de policía* que Mitre declara a las provincias luego de la batalla de Pavón, que Urquiza, traicionando la causa federal (de aquí la ironía de Busaniche ante el triste, desolado pedido que la viuda de Peñaloza le acercara al héroe del Palacio San José), le cede el triunfo, marchaba en busca de los gauchos levantiscos con caballos herrados, al modo de Bougeaud contra los árabes. El mariscal y sus tropas no ahorran medios para derrotar a los bárbaros ejerciendo una barbarie superior a la de ellos. En un episodio, los franceses queman vivos a quinientos argelinos, algo que sirve para dinamizar el entusiasmo guerrero de sus aliados nativos. Bougeaud, hecho gobernador de Argelia, no vacila en arrojar sobre los nativos una guerra de masacres y devastaciones. Durante buena parte del siglo XX, con sinceridad y jactancia, con inocultable vanagloria, los manuales escolares franceses narraban el entusiasmo con que Bougeaud tornaba cenizas, incendiándolos, los aduares (o sea, las tiendas de campaña o los barracones que dan forma a un poblado) de los beduinos en esos duros pero gloriosos tiempos de la conquista de Argelia, y justificaban o paragonaban los triunfos de Bougeaud con los de los oficiales ingleses en la India, quienes, dictando cáte-

dra guerrera, ataban a los hindúes y musulmanes a la boca de sus cañones durante la rebelión de los cipayos, en 1857. Esa modalidad, sin embargo, ya había sido ejercida por los coroneles Estomba y Rauch en sus campañas por la provincia de Buenos Aires luego del fusilamiento de Dorrego. Mi novela *El ejército de ceniza*, que es la ficcionalización de la locura del coronel Ramón Estomba, quien parte en busca del enemigo y, al no encontrarlo, empieza a extraviarse y a extraviar a sus soldados con arengas cada vez más demenciales, narra uno de esos episodios. Estomba, que en la novela lleva el nombre de Ramón Andrade, culpa del fracaso de la campaña a su rastreador: no sabe o no quiere, dice, llevarlo al encuentro del enemigo. Ordena que lo aten a la boca de un cañón. “Los soldados no demoraron en cumplir la orden. Trajeron una cuerda, alzaron a Baigorria por los brazos y las piernas y lo apoyaron contra la boca del cañón. El rastreador aún respiraba” (J. P. F., *El ejército de ceniza*, Editorial La Página, Buenos Aires, 2007, p. 95). Herido por un balazo que antes el general le había propinado, Baigorria aún conservaba su lucidez, pero sólo para su desgracia, pues le permitía no perder la conciencia de lo que estaba por ocurrirle. Andrade, en su desvarío, en su paranoia incontrolable, cree que Baigorria lo ha perdido en búsquedas sinuosas, por ser, sin más, un traidor, un aliado de sus enemigos. “Nada se oía: ni el viento. Sólo la voz del coronel, que ahora proclamaba: ‘Morirá despedazado. Morirá así, porque quiero que él, y sobre todo los suyos cuando lo encuentren, sepan que no sólo habremos de vencerlos por la dignidad de nuestra causa, sino también porque, en esta guerra, hemos decidido ser aún más crueles, más inhumanos que ellos’. Entonces encendió la mecha y disparó el cañón. El estallido fue tan poderoso y mortal como lo había sido su voz. Cuando el humo de la pólvora se hubo disipado, de la boca del cañón manaba sangre” (J. P. F., *Ibid.*, p. 96). La novela se publicó en 1987 y las sombras del horror militar estaban muy cercanas aún en nuestro país. Estomba actuó durante el mes de febrero de 1829. Lo hizo, como Rauch, bajo directivas de Juan Lavalle, el que luego de fusilar a Dorrego, ordenó a estos valientes militares, todos héroes del Ejército Libertador, limpiar de indios y federales la frontera sur. Dio, de esta forma, tareas de policía interna al ejército sanmartiniano. Lavalle asumió la tarea sucia que se le pidió a San Martín, y que San Martín se negó a realizar, conociendo, sin duda, los costos que tendría. En este punto, creo, hay algo importante que debemos llevar a primer plano. Es por completo coherente que el Ejército Libertador haya actuado como ejército represor de las fuerzas que se oponían al plan de Buenos Aires de organizar el país según el modelo liberal y con el apoyo de Gran Bretaña. Se conoce sobradamente la frase de George Canning: “América Latina es libre. Y si llevamos bien nuestros negocios es nuestra”. La única diferencia entre el Ejército Libertador y las tropas del mariscal Bougeaud radica en que éste no tenía detrás una potencia extranjera apoyándolo. Le alcanzaba con el apoyo de su propio país imperial. Los Bougeaud de la Argentina fueron, con Juan Lavalle al frente, los libertadores de la colonia. Una vez libre del colonizador extranjero se produjo en el país un complejo proceso de colonialismo interno. La culta ciudad de Buenos Aires, informada por completo sobre el papel que la Civilización, entendida como progreso y cultura, debía jugar en los territorios bárbaros, llevó contra las provincias y luego contra los indios la misma guerra que Bougeaud impuso en Argelia y los ingleses en la India. Lo excepcional del caso argentino, y de América latina en su casi totalidad, es que estos territorios se habían independizado de su opresor colonial, dado que éste los mantenía en un atraso que les impedía sumarse a las fuerzas de la Civilización y el Progreso. Liberada de España, Argentina debía modernizarse. Debía hacer la guerra contra los “beduinos” de su propio país. Francia colonizaba la Argelia en busca de mercados y de expansionismo militarista. Pero Argelia no estaba en Francia, estaba en África. Buenos Aires, que asumía en el país el papel de Francia en Argelia, tenía a Argelia en su propio territorio. De aquí que la guerra que tuvo que llevar a los “bárbaros” se transformó en una “guerra civil”. Y acaso hasta no sea totalmente correcto llamarla así. Se trataba de la guerra del Ejército de un país invasor que buscaba colonizar a un país tan sumido en el atraso, según el país invasor, como la Argelia o la India. Sarmiento, que fue el brillante teórico, el hombre impecablemente lúcido de esta tarea, observando las banderas de los países del mundo, detecta que, en muchas de ellas, predomina *el color colorado*. Ese predominio se da en los países bárbaros. Lejos de esto, sólo en un país europeo existe tal preponderancia. En su estilo altisonante, se pregunta entonces: “¿Qué vínculo misterioso liga todos estos hechos? ¿Es casualidad que Arjel, Túnez, el Japón, Marruecos, Turquía, Siam, los africanos, los salvajes (...), el verdugo y Rosas se hallen vestidos con un color proscrito hoy día por las sociedades cristinas i cultas?” (*Nota*: Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*, edición crítica y documentada de la Universidad de La Plata, La Plata, 1938, prólogo de Alberto Palcos, p. 147. Palcos conservó la grafía original del texto sarmientino. Tomo la cita de mi libro *Filosofía y nación*. En ese entonces, yo —demasiado joven aún— no me habría sentido un intelectual si no citaba el *Facundo* por la edición erudita y consagrada de Palcos. Luego utilicé la de Ediciones Estrada, que tiene modernizada la grafía y es muy buena.) Tal vez no sea arbitrario. Pero la que es simétrica —con la importante salvedad que haremos— es la guerra que llevan las potencias

europeas en sus colonias y los ejércitos de Buenos Aires en las provincias. Sarmiento no deja de advertirlo: “Las hordas beduinas que hoy importunan con su algarazara y depredaciones la frontera de Arjelia, dan una idea exacta de la montonera argentina (...) La misma lucha de civilización y barbarie, de la ciudad y el desierto, existe hoy en África; los mismos personajes, el mismo espíritu, la misma estrategia indisciplina entre la horda y la montonera” (Sarmiento, *Ibid.*, p. 209). Se trata de un texto excepcional. Hay algo que Sarmiento, sin duda deliberadamente, pasa por alto. El mariscal Bougeaud guerreaba en territorio extranjero. No quería colonizar, desde París, al resto de la Francia. Argelia se convierte de inmediato en colonia francesa. Bougeaud coloniza el país de otros. África, India son países coloniales. Deben aún realizar su guerra de independencia. De aquí que teóricos como Edward W. Said o Gayatri Spivak o Homi K. Bhabha se autodenominen *teóricos poscoloniales*. No lo son. Son teóricos neocoloniales. En sus países, la colonización ha cambiado un rostro por otro, una modalidad por otra. Argentina, por remitirnos sólo a nuestro país, era un país independiente. Sin duda había establecido con las potencias metropolitanas un nuevo trato colonial, menos directo, que nos permitía tener ejército, bandera y hasta orgullo de nación autónoma. Pero la descolonización, que tardíamente realizaron Argelia y la India, se hizo aquí en 1810. La hizo el Ejército Libertador: echó a los españoles. Luego, ese mismo Ejército Libertador, bajo la figura de Lavalle, se pone a las órdenes de Buenos Aires para realizar la colonización interna de su territorio. Lavalle fracasa y viene el interregno de Rosas, sobre el que no entraremos aquí. Caído Rosas, expulsado Urquiza de Buenos Aires, la ciudad metrópoli no tiene dudas. Aquí es donde aparece el Sarmiento soldado, militar, el asesino, como él dice en *Mi defensa*. Buenos Aires, por decirlo con entera claridad, tiene en su propio territorio a los beduinos. Francia los tenía en Argelia. Los teóricos colonialistas de la Argentina no hay que buscarlos en la literatura de las metrópolis, como hace Edward Said en *Cultura e imperialismo*. Said, en ese libro, rastrea el colonialismo en Jane Austen, en Dickens, en Conrad. Por supuesto, los beduinos no tenían teóricos. La teoría colonialista se hacía en la metrópoli. En la Argentina, al ser un país independizado del colonizador directo, del colonizador que se establece en el territorio de la nación colonizada, la literatura colonialista estuvo en manos de los mismos argentinos. No de todos, sólo de su clase ilustrada. Sólo de los hombres cultos de la metrópoli (Buenos Aires) que llevaba a cabo la colonización interna. De aquí que no tengamos que remitirnos a escritores extranjeros como lo hace Said. No, el gran texto colonialista argentino es —ante todo— esa obra maestra, ese libro titánico de un hombre titánico, el *Facundo* sarmientino. Ahí está todo. Costaría, incluso, encontrar, aun cuando se encuentre, un ensayo tan lúcido acerca de la colonización de un territorio bárbaro por medio de la razón ilustrada. Pues lo que define al colonialismo burgués, a diferencia del que llevó a cabo el Imperio Romano en nombre, meramente, de la *grandeza de Roma*, o, antes, Alejandro en nombre de su propia gloria, es que acompaña a sus empresas colonizadoras con valores civilizatorios, racionales: el Progreso, las luces de la Razón, la Civilización ilustrada que conquistará a la barbarie para el mundo del hombre. No se equivocan aquí Adorno y Horkheimer cuando ven en esta razón instrumental, que encuentran en los pensadores de la Ilustración, una razón destinada a someter a los hombres. Menos todavía se equivoca Heidegger cuando señala que la razón de la Modernidad, que nace con Descartes, es la razón de la *técnica*, la que olvida al Ser y se consagra al dominio de los entes. Es, sin duda, esta civilización capitalista de la técnica la que lleva a cabo los procesos, sanguinarios, de colonización. Los sometidos, los masacrados, de no haberlo sido, pudieron haber entregado, si no la conducción del país, una *Expresión lateral* que lo enriqueciera. Heidegger, un pensador de derecha, ha visto el problema de la técnica en tanto sometimiento del hombre y de la naturaleza más hondamente que Marx, ya que Marx, llevado por la dialéctica hegeliana de la superación, valoraba los procesos de colonizadores pues introducirían modernas relaciones de producción capitalistas en los territorios coloniales, que habrían continuado siglos en el atraso. *Así continuaron*. Y la razón técnica arrasó con ellos, porque no tuvo piedad alguna. La *guerra de policía* que Sarmiento y Mitre desatan en las provincias después del triunfo de Pavón ya se lleva a cabo con cañones Krupp y fusiles Remington. El gauchaje es sacrificado. La colonización interna tiene lugar. Sarmiento es nuestro general Bougeaud. Mitre lo es. *Son los que conquistaron la Argentina para Buenos Aires*. Los lugartenientes fueron Wenceslao Paunero, Ambrosio Sandes, Irrazábal y otros carniceros de la civilización, que los requería, porque requería matar a quienes se le opusieran en nombre de los valores que portaba: las luces de la razón, el progreso, las relaciones con Europa. “Si Sandes mata gente, déjenlo”, decía Mitre, “es un mal necesario.” Quisiera decir claramente —porque es hora de que hablemos claro en la Argentina— que no hago juicios morales sobre estas cuestiones. Es toda una civilización la que así se conducía. Lo que Heidegger vio y lo que todavía hace su gloria entre sus infinitos seguidores fue que esa civilización llevaba al desastre, como, en efecto, está llevando. Lo que Marx equivocadamente creyó es que de la civilización del capital podía emerger un proletariado victorioso que estableciera *otra*, una más libre, sin explotación, sin ignominias.

No fue así. Los regímenes socialistas fracasaron porque tuvieron que adoptar la civilización de la técnica para sostenerse. Porque tuvieron que tornarse capitalismo autoritarios, estatales, para subsistir. Y, sobre todo, porque se realizaron en países inadecuados para hacerlo. La Rusia atrasada, campesina y no proletaria. La China arcaica. La Cuba tercermundista. En ninguno de estos países existía lo que Marx había puesto como condición de posibilidad del proceso revolucionario: el proletariado industrial moderno. Que sólo existió en las metrópolis, a las que les fue sencillo incorporarlo al universo de la técnica por medio del sindicalismo, en buena medida por su plusvalía externa, por sus enormes ganancias coloniales o neocoloniales. Lenin sabía todo acerca de esto. Sabía que el proletariado, si se desarrolla bajo el capitalismo como lo pedía Marx, devenía tradeunionista. Socio menor de la burguesía. Ya Engels, en una de sus cartas tardías, le respondía a un amigo: “¿Me pides que te diga lo que piensa el obrero inglés? Pues lo que piensa la burguesía”.

### SARMIENTO, LAS “GUERRILLAS” ESTÁN FUERA DE LA LEY

Volviendo a Sarmiento: él fue nuestro mariscal Bougeaud. No en vano fue quien lo conoció. Quien habló con él. Hay textos sarmientinos que todavía estremecen, que tan poderosamente resuenan, que tan cercanos están de nosotros, que, por esa razón, tal como lo dije, estremecen. Sucede que Sarmiento, como Nietzsche, *escribía a martillazos*: “El idioma español ha dado a los otros la palabra ‘guerrilla’, aplicada al partidario que hace la guerra civil fuera de las formas, con paisanos y no con soldados (...) La palabra argentina ‘montonera’ corresponde perfectamente a la peninsular ‘guerrilla’ (...) Las ‘guerrillas’ no están todavía en las guerras civiles bajo el palio del derecho de gentes (...) Chacho, como jefe notorio de bandas de salteadores, y como ‘guerrilla’, haciendo la guerra por su propia cuenta, murió en guerra de policía en donde fue aprehendido y su cabeza puesta en un poste en el teatro de sus fechorías. Esta es la ley y la forma tradicional de la ejecución del salteador (...) Las ‘guerrillas’, desde que obran fuera de la protección de gobiernos y ejércitos, están fuera de la ley y pueden ser ejecutados por los jefes de campaña. Los salteadores notorios están fuera de la ley de las naciones y de la ley municipal y sus cabezas deben ser expuestas en los lugares de sus fechorías” (Sarmiento, *Vida del Chacho*, en *Proceso al Chacho*, Caldén. Buenos Aires, 1968, pp. 119/126. Una edición más “respetable”, con menos tinte setentista, puede ser la de El Ateneo, Buenos Aires, 1952, con prólogo del insospechable Alberto Palcos, un serio historiador de la alta burguesía argentina).

Sobre la grandeza de Sarmiento como escritor no voy a extenderme. En 1971, en *Envido N 3*, publiqué *Racionalidad e irracionalidad en “Facundo”*, ahí concluía el trabajo con un canto a la genialidad literaria del sanjuanino. (Ese texto, extenso, formó luego parte de *Filosofía y nación*.) Se trata de un titán, de un tipo que se propuso hacer un país y, en efecto, tal como dice el Himno que le escribieron, lo hizo con la pluma, con la espada y la palabra. Su enormidad histórica deja muy atrás a Mitre. Y acaso sólo Roca lo iguale en lucidez, en tanto tipo que sabe lo que hay que hacer para hacer un país. Roca, el Bougeaud de la Patagonia. Siempre se trata, para la razón burguesa, de conquistar el desierto. También para Sarmiento, Facundo y sus jinetes eran la pampa, la planicie, el desierto: había que conquistarlos para la civilización. Se hizo una ciudad, no un país. Una bella ciudad que disfrutó una oligarquía rastacuerista, sin visión histórica, entregada al goce fácil y a la policía de Ramón Falcón y los fusiles del coronel Varela.

Pero el peronismo honra a los héroes de la oligarquía a la que ha llegado para combatir. El general fascista, nazi, el dictador, no cambia el panteón de los héroes de la oligarquía. “Bastantes problemas tengo con los vivos, para qué me voy a meter con los muertos”, dice el supuesto Führer argentino. *La Argentina de Perón* dice de Sarmiento: “De todos los nombres con que la posteridad honra la memoria de aquel gran argentino que se llamó Domingo Faustino Sarmiento, uno sobre todo lo vuelve especialmente querido a los niños de su pueblo: el de *maestro*” (*La Argentina de Perón*, *Ibid.*, p. 114). Sarmiento, insiste, fue escritor brillante, estadista y presidente de la República. “Pero sobre todo fue maestro.” Y

aquí viene el revolucionario cambio que el peronismo introdujo en la enseñanza argentina: *No sólo Sarmiento fundó escuelas*. Sarmiento fue superado por la tarea que se realiza desde 1943. ¿Quién la realizó? “El héroe de nuestra triple independencia, social, económica y política, y su nobilísima esposa” (*Ibid.*, p. 115). Y por fin: “Porque si bien Sarmiento, el ‘maestro’, fue el fundador de la escuela argentina, sus propulsores máximos, no menos geniales por la amplitud de sus miras ni menos ‘maestros’ por su amor a la infancia, han sido Juan Perón y Eva Perón” (*Ibid.*, p. 115). Todo el libro es así. Y así es también el folleto que escribió el español Manuel Penella Da Silva, *La razón de mi vida*. En suma, se aceptaba por completo la visión oligárquica de la historia. A esto se le sumaba un aparato propagandístico torpe que irritaba a los padres de los niños. Porque sonaba raro —salvo para peronistas de corazón, que eran muchos pero no todos— que Perón y Evita fueran “no menos geniales” que Sarmiento. Perón no recurrió a los hombres de *Forja*. Ni menos a Arturo Jauretche, a quien dio un puesto absurdo de bancario. Raro nazi que respeta a todos los héroes de la patria liberal. Los héroes cuyas pancartas eran las de la Unión Democrática en sus desfiles. ¿Todo para qué? ¿Para que se leyera en clase *El Acróstico de los niños a Eva Perón*? “Entre todas fuiste buena/ Valiente, noble y querida/ A todos nos faltan lágrimas/ Para llorar tu partida/ ¡Evita somos tus niños!/ Rosa de fuego dormida/ ¡Oh, no poder contemplarte/ Ni devolverte la vida!” Que el libro sea para niños de cuarto grado no lo justifica. Quizás, al contrario, lo condena más pues es en esa edad temprana cuando las verdades, aun en su complejidad, suelen llegar con mayor calado. ¿Qué tuvieron de Sarmiento? La estampita liberal-oligárquica del Sarmiento-maestro.

### LA LÍNEA ROSAS-PERÓN LA CREA LA OLIGARQUÍA SETEMBRINA

¿Qué habría podido hacer Perón? Meterse un poco con los muertos. O, al menos, jugársela por algunos muertos injuriados por el Buenos Aires de la venganza, del rencor, de la maldición de José Mármol: “Ni el polvo de tus huesos la América tendrá”. Cuando Perón cae, la oligarquía publica *El libro negro de la segunda tiranía*. Recuerdo mi asombro al escuchar las primeras proclamas de la Libertadora. “¡Ha sido derrocada la segunda tiranía!” ¿Cuál era la primera? La de Rosas. Tenía yo doce años el 16 de septiembre. A Rosas, como todo pibe inquieto, lo admiraba muchísimo. Me atraía porque era el malo de la película y siempre me gustaron los villanos. Porque tenía una pinta bárbara de caudillo, de jefe, de tipo duro. Porque su época era colorida, llena de sucesos. Porque me había devorado los libros de Manuel Gálvez, los que publicaba la *Colección Austral: El gaucho de los cerrillos, Tiempo de odio y angustia y Así cayó Don Juan Manuel*, en ese orden. Porque había leído la fascinante biografía que Gálvez le dedicara: *Vida de don Juan Manuel de Rosas*. ¡Hasta había empezado a escribir una biografía del gaucho de Los Cerrillos, del Restaurador de las Leyes! De pronto, resulta que Perón había sido el segundo Rosas. Observemos cómo las clases dirigentes de la Argentina en seguida fijan su línea histórica. Lo único que hizo el peronismo fue glorificar a Perón y a Evita y a las conquistas del movimiento. Hay pasajes de exaltación popular, de ayuda a la vejez, de las nacionalizaciones, etc., etc., etc. Pero todo permaneció intocado. La Libertadora en seguida planteó que el movimiento se hacía en nombre de la línea Mayo-Caseros. Hasta un historiador menor como José Campobassi escribe un libro que se llama: *Urquiza y Mitre, hombres de Mayo y de Caseros*. Si Perón no quería traer a Rosas porque la oligarquía le arrojaría con todo: ¡el segundo tirano trae al primero! De donde vemos hasta qué punto está impuesto el dogma liberal. Debió, al menos, incorporarlo en los libros de lectura. Al cabo, la oligarquía se lo adosó a él. La línea Rosas-Perón fue un invento oligárquico.

En 1973, cuando todo parecía posible, cuando José María Rosa iba a ser ministro de Educación y Cultura, tuvimos una reunión con él, y Don Pepe, con su barba gris, con esa sonrisa tan linda que tenía, exclamaba entusiasmado: “¡Lo primero que hacemos es mandar un barco a Southampton y traerlo al Restaurador!” Minga. Ni Pepe Rosa fue ministro de Educación y luego de la llegada del

Viejo, luego de Ezeiza, ¡como para pensar en traerlo a Rosas! Con Perón, Rosas no volvía. ¿Alguien recuerda cómo volvió Rosas al país? Para injuria de semejante figura histórica, de ese tipo lleno de contradicciones, que despertó el odio suficiente como para provocar obras maestras de nuestra literatura, *El matadero, Facundo, Amalia*, su regreso fue oprobioso. *Lo trajo Menem para preparar el indulto a Videla*. Y llegó Rosas y a nadie le importó nada. Ni una discusión hubo. La era de las ideas había pasado. Las polémicas habían muerto. Los noventa empezaban a deteriorarlo todo.

Pero, ¿tiene derecho la historia oficial argentina que se enseña en los colegios a indignarse tanto con el peronismo? Es cierto que se utilizaron los libros de texto para propaganda del “régimen”. Pero no sean cínicos: ustedes hicieron lo mismo. Nuestros alumnos primarios y los secundarios estudiaron durante años la historia de un tal Grosso o la de Astolfi. Leyeron todos los libros de los héroes que trabajaron en favor de Buenos Aires o de los provincianos, muchos, que también lo hicieron. ¿Por qué hay que deglutirse un texto de la *Historia argentina* de José C. Ibáñez como el que citaremos? Dice así: “La campaña de Roca contra los indígenas fue coronada por el éxito, lo que le permitió al gobierno nacional ejercer su soberanía en unas quince mil leguas cuadradas de nuestro territorio e iniciar sin tardanza su obra civilizatoria” (José C. Ibáñez, *Historia argentina*, Troquel, Buenos Aires, 1979, p. 459). 1979: en ese año la Junta Militar festejaba su derrota de la “subversión” como la primera conquista del desierto. Siempre la Civilización conquistando el desierto. Y el *desierto* es el Otro, el inintegrable, aquel a quien no hay más remedio que matar.

¿Por qué debimos leer *Juvenilia*? ¿Por qué debimos leer la obra de un paranoico, de un enfermo, del redactor de la Ley de Residencia que aterrorizaba a los inmigrantes, quienes sentían la posibilidad de ser expulsados en cualquier momento, más aún cuando su creador la llamaba “deliciosa ley de expulsión”. En la *Introducción* del libro, Cané escribe: “Pero mientras corregía y pensaba en todos mis compañeros de infancia, separados al dejar los claustros, a quienes no he vuelto a ver y cuyos nombres se han borrado de mi memoria (...) ¡Cuántos desaparecidos!” (Miguel Cané, *Juvenilia*, Colección Robin Hood, Acme, Buenos Aires, p. 15). Sí, cuántos desaparecidos. “Allí está el cuadro (escribe Ricardo Rojas) de nuestra Buenos Aires y de nuestra vida intelectual tal como fueron de 1863 a 1870” (Ricardo Rojas, *Historia de la literatura argentina*, tomo ocho). Esa generación se formó para conducir el país. Luego lo condujeron sus hijos. Hubo una continuidad. Porque la oligarquía no se traiciona, se prolonga. Luego apareció otro libro. Se llama *La otra Juvenilia, historia y represión en el Colegio Nacional de Buenos Aires*. Sus autores son Santiago Garaño y Werner Pertot. Y es la historia de otra generación del Nacional Buenos Aires, no la de aquella elegante elite que educó el sabio y sereno Amadeo Jacques. Esta juvenilia quiso hacer otro país, uno diferente al de Cané. Entre 1976 y 1977 más de 105 de ellos fueron desaparecidos. Sus edades son mayoritariamente las que siguen: 18 años, 20, 19, 21, 17, 25, 22, 23, 27, 24, 16 (¡dieciséis años!), 18, 15... 15 años. Nadie ignora la participación de ideólogos, economistas y periodistas que apoyaron a la dictadura y militaron activa, entusiastamente en ella. Provenían de lejos. De esa generación privilegiada, de argentinos de clases altas, que se educaron bajo el manso Amadeo Jacques, luego crecieron, tuvieron hijos, crecieron sus hijos. La primera juvenilia y los cuadros ideológico-políticos que formó mató a la segunda. A la *otra* juvenilia. ¿Quién escribirá su historia? Ya lo hicieron Garaño y Pertot. Pero, ¿por qué tuvimos que leer la de Cané? ¿Por qué la publicó la Colección Robin Hood como un libro inocente, con las mismas tapas amarillas de Salgari o Jack London o Luisa May Alcott? Porque nos engañaron. Nos metieron su visión del mundo desde niños. Y lo hicieron con más sagacidad, con menor torpeza, con más inteligencia y mejores plumas que las de Mendé, la Sra. Angela C. de Palacio y el lamentable Penella Da Silva.

Eva Perón irá infinitamente más lejos que *La razón de mi vida*. Será en su escrito postrero. Lo dictó desde su lecho de muerte. Un mes, a lo sumo, antes de morir. Se llama *Mi mensaje* y de él nos ocuparemos en la próxima entrega.

PRÓXIMO DOMINGO

Eva Perón, “Mi mensaje”